



**LA AVENTURA DE TENER UN PERRO EN
CASA**

Relatos de mi Perra “Linda”

MARCOS MENDOZA

Índice

| | |
|--|----|
| Índice | 2 |
| Sobre el Autor..... | 4 |
| Introducción..... | 6 |
| La primera noche con Linda..... | 8 |
| ¡Un campo de minas!..... | 11 |
| Acostumbrarse a casa | 15 |
| La maldición de la correa | 18 |
| El día en que la perdí | 22 |
| La sorpresa..... | 26 |
| Preparando la casa para los bebés..... | 29 |
| Los Cinco Cachorros | 32 |
| Y así llegamos al final | 35 |

| | |
|-------------------------|----|
| Lista de productos..... | 37 |
| Elige Tu Raza | 41 |

Sobre el Autor

Nacido en Chile en Octubre del año 1976, mi vida estuvo apenas relacionada con perros hasta que me mudé, dejé la casa de mis padres y fui a la mía propia.

No fue hasta después de haber vivido con Linda, mi perrita, que comencé a entender la importancia de saberlo todo sobre los perros para darles una vida digna.

Entonces empezó mi estudio. Hice cursos y hablé con expertos, y luego comencé a escribir toda esa información, primero para mí mismo, para recordar, y más tarde, al darme cuenta de la utilidad de mis libros, los lancé al mundo para que todo el

mundo pudiera sacar provecho de mi investigación canina.

Escribí sobre [adiestramiento](#) general, libros especializados por [raza](#), manuales para controlar los problemas más comunes... Todo lo que yo habría necesitado, lo hice para mí y para todos ustedes.

Pero primero quiero que veas, quiero que entiendas, cómo llegué al punto de necesitar saber todo lo posible sobre perros.

Introducción

Antes de Linda yo no había tenido perros. Mi abuela tenía un yorkshire que ladraba mucho, y mi mejor amigo, dos pastores alemanes muy elegantes con los que no se podía jugar, pero en mi casa no hubo perro alguno hasta que me mudé para vivir por mi cuenta en mi juventud.

En este punto mis papás vinieron para ayudarme a poner todos los muebles y mis cosas. Mi mamá se fue a mediodía, y regresó unas horas más tarde con un cesto que producía un sonido bien raro. Adivina qué: cuando destapé, dentro había un perrito adorable que movía la cola y trataba de mordisquearme los dedos.

Era una criaturita blanca con manchas marrones, así como un springer spaniel, pero con los

ojos más azules que yo había visto nunca. Pensé que era la cosita más linda que había visto nunca, y entonces al saber que era una hembra así se llamó: Linda.

Mis papás la habían adoptado para mí, para que me hiciera compañía ahora que vivía solo.

Siempre he sabido que no podían haberme hecho mejor regalo, pero ahora, con los años, el conocimiento y la experiencia, también sé que por lo menos alguien debió advertirme de lo difícil que podía ser lidiar con un cachorro lleno de energía cuando no sabes nada sobre perros. Y te lo digo en serio... en ese momento, yo no sabía absolutamente nada de todo lo que hay que saber sobre ellos.

La primera noche con Linda

Lo cierto es que Linda fue la que me impulsó a aprender todo lo que pudiera sobre perros... pero para eso primero tuvo que darme muchos, muchos quebraderos de cabeza.

Solo para empezar, te puedo decir los desastres que acontecieron en ese primer día.

Te imaginarás lo primero que hice cuando llegó a mi casa esa bolita de pelo y lametones: le enseñé su nueva casa.

Pero —primer error— no dejé que explorara por su cuenta, sino que la fui siguiendo, hablándole. Ahora sé que la puse más nerviosa de lo que estaba, pero era tan linda dando tumbos por todas partes, olisqueándolo todo...

Claro, yo no sabía que necesitaba su tiempo para habituarse, que debía dejarla sola y tranquila para explorar. ¡La estaba poniendo muy nerviosa con mi persecución! Es algo que muchos nuevos dueños hacen, y no deja de ser un error de novato. Está garantizado que eso puede asentar las bases de problemas posteriores.

¿Y qué pasó? Pues que esa noche cuando me fui a dormir... ¡desastre! No había manera de que se callara. Lloraba todo el tiempo, y ladraba con esos ladridos chiquitines que hacen los cachorros. Adorable al principio, pero luego, ay... Yo tenía que dormir. Necesitaba dormir. Había sido un día muy largo.

Claro, cada vez que Linda lloraba yo corría a su camita para hacerle unas caricias y decirle que no pasaba nada. Entonces paraba, porque se sentía acompañada por la persona que la había estado persiguiendo por toda la casa. Y cuando yo me iba... ¡Volvía a llorar!

¡Qué cantidad de errores el primer día! ¡Le estaba enseñando que llorando obtendría lo que quería! Pero claro, yo eso no lo sabía todavía, y no lo sabría en mucho, mucho tiempo.

Aquella primera noche fue muy, muy larga... y muchas más lo serían en el futuro que nos deparaba.

¡Un campo de minas!

¿Has oído alguna vez la expresión de «campo de minas» al referirse al estado en el que queda una casa tras el paso de un perro, todo el piso lleno de charcos de orina y heces por doquier? Yo lo he usado a menudo... y te lo prometo: lo he hecho con total conocimiento de causa.

Ahí estaba yo, saliendo de la cama la primera mañana de tener a mi cachorrita, sin haber dormido apenas después de toda una noche de ladridos y lloros.

Y adivina lo que me encuentro en el suelo, con los párpados todavía pegados por el sueño y el poco descanso.

Pues sí: una plasta de caca. ¡Qué asco! En algún momento entre cabezada y cabezada, Linda

había defecado ahí, justo donde yo dejaba mis zapatillas.

En defensa de mi olfato puedo decir que aquel día estaba un poco congestionado y no olía nada... hasta que mi pie aplastó esa cosa blanda y apestosa.

¿Alguna vez has oído esa cosa de que la caca de bebé —sea el animal que sea— no huele? Bien, pues es mentira. Huele. Mucho.

¡Te imaginarás! Cojeando y llamando a gritos fui a buscar al pequeño demonio. Claro, Linda acababa de llegar a casa y no respondía para nada a su nombre, e ignoraba lo que esa palabra —Linda— significaba, así que cuando me vio llegar hecho una furia lloriqueó y se encogió.

¿Quién se resiste, en nombre de Dios, a un cachorrito asustado? Yo no, desde luego. Así que aunque estaba enfadado, al final suspiré y en lugar de castigarla le hice unos mimos. Acaba de llegar a casa, me dije, está asustada y todavía no sabe. Me convencí de que todo cambiaría en unos días.

Después fui a lavarme bien el pie... y el resto del cuerpo, solo por escrúpulo.

Ese día Linda comenzó a aprender que poniendo carita de arrepentimiento iba a apaciguarme cuando estuviera enfadado. ¡Ay, de haberlo sabido!

La mayor parte de los dueños enseñamos esto a nuestros perros sin darnos cuenta, ¿sabías? Por eso cuando hacen algo malo y nosotros nos enfadamos, tenemos la sensación de que se arrepienten, pero curiosamente siguen repitiéndolo.

Déjame que te desengañe: no se arrepienten, de hecho ni siquiera saben por qué estás furioso, pero sí sabe que si pone esa cara puede que te enfades menos con él, o tu enfado dure menos tiempo, o al final no te enfades en absoluto...

¡Ah, estos perros, a veces son más inteligentes que los propios humanos! Y nosotros, evidentemente, nos dejamos manipular por esos ojitos tiernos. ¿Quién se resiste, al fin y al cabo?

- 14 -

Mi página web con consejos de adiestramiento canino:
<http://www.perro-obediente.com>

Acostumbrarse a casa

Los primeros días que Linda pasó en mi casa fueron difíciles, pero también muy divertidos y tiernos. Era un animal muy inteligente... ¡y tanto!

Pronto Linda aprendió muchas cosas. Por desgracia, ninguna de ellas fue útil en lo más mínimo... al menos para la sana convivencia entre hombre y perro.

La lista y picarona perrita aprendió que si lloraba lo suficiente por la noche, acabaría durmiendo conmigo, dejando de usar muy pronto la camita que le había comprado mi mamá con tanto amor. Aprendió a hacer sus necesidades en lugares específicos... como en la ducha o debajo de la cama. Aprendió a pedir su comida cuando le apetecía, para luego no comerse las croquetas que le daba.

Podría decirse que... ¡fue ella la que me adiestró a mí! ¿Puedes creerlo? Ahora que conozco mucho más de la psicología canina sé que Linda llegó a mi vida para ponerla patas arriba. Se hizo el ama y señora de mi casa, y en lugar de ser ella mi perrita, yo era su humano tonto.

¡Cuántas personas he conocido desde entonces con el mismo problema! ¿Cómo vas a negarle nada a ese animalito de ojos brillantes que mueve la cola cuando te ve, que te salta encima de puro contento, que te sigue a todas partes y quiere tu compañía y tu amor más que ninguna otra cosa? Así era mi Linda.

Eres un ser humano y amas a los perros. Por tanto, te resulta muy difícil resistirte a los evidentes encantos de estos animales de cuatro patas. A mí me pasó, puedes creerme. Da igual que dé problemas. Da lo mismo que no obedezca órdenes, que no venga cuando lo llamas a no ser que vea comida en tu mano. Da igual que haga sus cosas por todas partes o en los rincones más inaccesibles, que ladre a

deshora o —lo que para mí se convirtió en la peor parte de su comportamiento— que tire de la correa.

Pero por ahora quiero que sepas, quiero que entiendas, que pasara lo que pasara yo adoraba a mi

Linda, valoraba su compañía más de lo que me molestaban sus malos comportamientos. Sé que lo entiendes: sé que muchas personas con perros van a leer esto y lo van a entender.

En el momento de la verdad, si amas a los perros, todo mal comportamiento es un mal menor en comparación con el amor que un perro te devuelve, ¿no te parece?

La maldición de la correa

El mismo día en que Linda tuvo, según su veterinario, los cuatro meses y todas las vacunas al día, compré collar y correa. Me vendieron los más idóneos para una perrita de su tamaño y edad... o eso fue lo que me dijeron.

Lo cierto es que me timaron, ahora lo sé. No son necesarias esas correas carísimas y esos collares con brillantitos. De hecho, lo más simple a veces es lo más efectivo. Ni collares de ahorque ni de pinchos ni nada, una sencilla banda de cuero, no demasiado apretada, y todo listo.

Pero yo era un novato, como tantos otros, y compré todo lo que me ofrecieran, incluso otros más grandes para cuando mi cachorrita creciera.

Así que ahí estaba yo, llegando a casa y llamando a mi Linda como si fuera un bebé. «¡Mira, Linda, mira qué tengo para ti, mira qué bien!», canturreaba.

Te imaginarás. Ella vino corriendo, pensando que era un juguete, pero en cuanto se lo puse al cuello dejó de parecerle tan bien, así que lloriqueó y se retorció, y yo rápidamente se lo quité diciéndole que no pasaba nada. Es decir, dejé que se saliera con la suya... otra vez.

¿No es gracioso cómo los perros pueden llegar a hacer lo que quieren con nosotros, los humanos?

La verdad es que aquel día se implantó una dinámica que se repetiría cada vez que quise ponerle la correa a Linda: ella veía aquel instrumento y echaba a correr, se escondía, se retorció y lloraba cuando la cogía.

Eso sí: al final logré colocarle el collar y atarla bien, y en cuanto la puerta de la casa se abrió, dejó de tener miedo o molestias y echó a correr.

Pues sí. Mi Linda, con cuatro meses —y algunos días más, para aquel entonces, porque me costó mucho armarme del valor suficiente para dejarla con el collar puesto— y muy parecida a una diminuta bola de pelo, vio la calle y se lanzó a ella con la fuerza de un tornado.

¡Y qué fuerza! Quién me iba a decir que una cosita tan pequeña pudiera tirar tan fuerte de mí, llevándome de acá para allá en la calle. Porque de verdad lo hacía. Yo quería ir hacia el parque, pero Linda no: Linda tiró hacia el otro lado de la acera, en una dirección totalmente opuesta, y me guio por su cuenta hasta que llegamos al supermercado. No dejé de dar tirones como una desesperada, y cuando conseguí arrastrarla de vuelta a casa yo estaba agotado y con el hombro dolorido, mientras que ella solo quería volver a salir ahí fuera.

Ah, y por si queda alguna duda: a los pocos minutos de llegar, encontré el charco de orina en el recibidor.

- 21 -

Mi página web con consejos de adiestramiento canino:
<http://www.perro-obediente.com>

El día en que la perdí

Linda creció, y se convirtió en una perrita encantadora, llena de alegría y energía. Cada día era una aventura con ella, aunque también diera algunos problemas. Era muy caprichosa y juguetona, y nunca se cansaba... al menos, no antes que yo.

Recuerdo muy bien aquel día en que todo cambió para mí. Ella tenía dos años, pero todavía se comportaba como si tuviera siete meses y viera el mundo por vez primera. Yo volví cansado del trabajo, y ella estaba en casa para recibirme, saltarme encima, intentando lamerme la cara.

«Ya, ya, calma», le dije, intentando apartarla, porque en verdad estaba agotado.

Pero por agotado que estés, bien, un perro tiene necesidades. La casa estaba milagrosamente

limpia, solo un charco de orina junto al sofá, y pensé que si se estaba aguantando hasta que yo llegara bien merecía un premio, ¿no? Como un buen paseo.

Qué estupidez, ¿no te parece? Un paseo no es un premio: es una necesidad. Es una obligación del dueño proveerle de paseos y ejercicio a su perro. Pero yo no lo sabía, como no lo saben la mayoría de los propietarios.

Así que, bueno, como se había portado «bien» —lo que significa «menos destrozos que normalmente»—, le puse la correa, a lo que ella respondió ya no con el miedo y la incomodidad iniciales, sino con alegría y entusiasmo.

No habíamos salido de la casa y ya comenzó a dar tirones hacia la puerta, intentando salir a toda prisa. Yo tiraba hacia atrás y decía «no, Linda, hoy no, hoy tranquila».

Evidentemente no me hizo ningún caso.

No sé lo que lo provocó. Ya no puedo recordar si fue un gato, o un chico con su bicicleta, o si fue el

estallido del motor de un coche. Quizá no fue nada de eso, quizá solo fue un olor apetecible, quién sabe. Solo sé que de pronto Linda dio un tirón tan fuerte que su correa se me escapó de la mano, y echó a correr.

Fui tras ella llamándola a viva voz, pero giró por una esquina sin hacerme caso —nunca había aprendido a venir cuando la llamaba—, y para cuando llegué allí ya... bueno. Linda ya no estaba.

La busqué la mayor parte de la noche, llamando aunque sabía que no me haría caso, porque nunca lo había hecho. En los días siguientes seguí buscándola, hice carteles, pregunté en la perrera a diario, a vecinos y a completos desconocidos.

Linda no apareció.

Ese fue el punto de inflexión para mí. Podría haber dicho que la culpa era de Linda por escaparse, pero no me engañé tanto. Era toda mía. No le supe enseñar a obedecer, a escuchar, a hacer las cosas que yo sabía que serían buenas para ella. No supe cuidar

de mi perrita, y al final sucedió un accidente: que desapareció.

Y entonces empecé a investigar sobre perros, sobre su mente y su aprendizaje. No pensaba que recuperaría a mi Linda, pero al menos jamás volvería a cometer esos errores: si algún día tenía otro perro me aseguraría de enseñarle todo lo que un perro debe saber, y lo cuidaría como debí haber cuidado a Linda.

La sorpresa

Si Linda se fue, ¿cómo supe cuándo murió? Bueno, es una duda razonable. He dicho la fecha exacta en que mi Linda pasó a mejor vida, y es porque yo estaba ahí, sosteniéndola entre mis brazos en el último instante.

Lo cierto es que acabó por volver a casa. Regresó por su cuenta a pesar de todos mis esfuerzos, sin que la trajera ningún vecino ni amigo ni alguien que hubiera visto los carteles.

Simplemente, meses después de su desaparición, oí un conocido ladrido que había añorado mucho, y también cómo unas patitas que habían manchado mi colcha hasta dejarla inservible rascaban la puerta. Corrí a abrirla... y allí estaba:

sucia, se le notaban las costillas por la falta de comida pero tenía una gran tripota.

Casi un año después de perderla, mi Linda había vuelto a casa, y lo hacía con una sorpresa: estaba muy embarazada.

Pues sí, amigo... le quedaban unas pocas semanas para «salirse de cuentas», como comprobé al llevarla al veterinario, y el experto dijo que tenía entre tres y cuatro bebés en la tripa.

Siempre me dio la sensación, un poco amarga, un poco frustrante y un poco tierna, de que Linda había ido a vivir la buena vida por su cuenta, sin el lastre humano, pero cuando fue la hora de buscar un nidito volvió a un lugar seguro: a la que seguía siendo su casa.

Recuerdo el miedo que tuve en esos momentos. Mi Linda había vuelto, pero no lo hacía sola, ¿y qué sabía yo de recién nacidos? Nada.

No obstante había estado aprendiendo mucho sobre perros, y había descubierto que su mente, su

comportamiento y su aprendizaje, todo en ellos era más fácil, más elemental de lo que yo había pensado. Los humanos tendemos a complicarnos demasiado, ¿sabías?

De modo que solo me quedaba una cosa por hacer: seguir aprendiendo.

Preparando la casa para los bebés

En los meses que había pasado sin Linda yo me había informado mucho sobre perros, y por tanto, había hecho algunos buenos amigos en el mundo del adiestramiento canino y su psicología.

Recurrí a todas mis fuentes para informarme a fondo sobre cómo traer al mundo a esos bebés, preparando el paritorio —la estancia donde ella daría a luz— en la casa y disponiendo los cuencos donde irían comida y agua en abundancia.

Entre tanto, me aseguré de hacer que Linda se sintiera bienvenida y a salvo de nuevo en casa. La lavé y alimenté debidamente, por ella y por sus cachorros.

En seguida quiso volver a sus antiguas costumbres. Quería comer cuando le apetecía, hacer

sus cosas donde quisiera y mordisquear mis zapatos como había hecho antes de su escapada.

Pero yo ya no era el mismo, no. Y a partir de que volvió a mi vida comencé a indicarle cómo debía portarse, qué cosas no podía hacer y cuáles eran correctas.

Lo primero que hice fue enseñarle a responder cuando la llamara. Con el método adecuado —orden y recompensa— descubrí que Linda no solo era alegre y enérgica, sino que también era muy, muy inteligente... Bien, eso ya lo sabía, por el modo en que me manipulaba la muy pícara, pero era más que eso. Quería aprender, y lo hizo.

Aprendió a venir cuando la llamaba con solo tres intentos. Al tercer día ya venía sin dilación en cualquier parte de la casa.

Es algo que he visto que pasa a muchos propietarios: no son conscientes del increíble intelecto de sus perros. Los caninos son muy inteligentes, pero nosotros, como humanos, muchas

veces no sabemos encontrar ese intelecto y aprovecharlo para enseñarles. Pero gracias a mi investigación lo conseguí.

En el transcurso de las siguientes semanas, mientras avanzaba su embarazo, también avanzó su adiestramiento. Dejó de tirar de la correa durante el paseo, aprendió a esperar su hora de comer y dónde podía hacer sus necesidades, dejó de morder mis zapatos para dedicarse a roer sus juguetes especiales.

Es cierto, amigo mío: educar a tu perro te acercará a él mucho más que dejar que haga su voluntad y te enfade. Doy fe de ello.

Los Cinco Cachorros

Linda tuvo cinco pequeñas maravillas peluditas. Encontré en mis manos cinco cachorritos adorables, torpes y diminutos, y una madre orgullosa y sana. Todo había salido bien, Linda se ocupaba de sus crías, y yo me ocupaba de ella.

Apalabré la adopción de cuatro de los bebés, pero como es natural no di a los cachorros de inmediato. Tenían que destetarse primero, algo que muchas personas que han tenido crías imprevistas no saben —si vas a adquirir un perro, regalado, adoptado o comprado, asegúrate de que tenga la edad suficiente para haberse destetado completamente—. También debía ocuparme de sus primeros pasos en la educación... dicho de otro

modo, debía socializarlos y enseñarles algunas normas básicas de convivencia.

Fue muy divertido, y un gran reto para mí. Había aprendido mucho en la ausencia de Linda, y después me había ocupado de enseñarle cosas a ella, pero seguir haciéndolo al mismo tiempo que otros cinco perritos incapaces de concentrarse... ¡oh, eso fue increíble! Difícil, sin duda... pero muy satisfactorio.

De modo que cuando los cachorros abandonaron mi casa uno a uno, todos a manos de personas correctas a las que conocía y en las que confiaba, ya sabían relacionarse con otros animales de compañía —perros, gatos y aves domésticas— y personas de todas las edades, no se asustaban ante ruidos fuertes, se dejaban bañar —y les gustaba, algo muy importante—, y sabían sentarse, esperar la comida y hacer sus necesidades en un lugar concreto.

Lo demás, no obstante, sería tarea de los dueños. Yo me quedé con la orgullosa madre, Linda, y con el más pequeño de los cachorros, Thor, que siempre estaba entre mis pies. De los demás tuve que despedirme.

Y así llegamos al final

Querido amigo, me has acompañado en este viaje interior sobre la vida de mi Linda y lo que supuso para mí. Has visto cómo empezó mi relación con los perros —como la tuya o la de cualquiera—, y las consecuencias de mi ignorancia.

La razón por la que escribo y vendo mis libros sobre adiestramiento canino y trucos para educar perros es esta. No quiero que nadie pase por la pérdida de un perro, ni por la frustración de no lograr que se comporte debidamente. Los caninos son grandes amigos y miembros de la familia, pero para que en esa familia haya paz, se necesita saber cómo conseguirla, ¿no te parece?

Después de todo, Linda se convirtió en una perrita ejemplar. Pasó una vida buena, plena y feliz,

como debe ser, y el conocimiento que intento transmitirte a ti y a otros como tú fue lo que lo conseguí.

Ahora mi Linda ya pasó a mejor vida, pero todavía tengo a Thor, y tengo la seguridad de que las experiencias que vivimos juntos ayudan a muchísimas otras personas a mejorar su relación con sus perros.

Y eso es todo. Con esto, querido amigo, acaban los episodios de mi vida con Linda. La conoces y sabes lo que significó para mí. Ahora es hora de que utilices mi historia en tu beneficio, y antes de que sea tarde y ocurra una desgracia, ayudes a tu perro a dar lo mejor de sí.

Lista de productos

Permíteme que te muestre algunos de mis mejores productos con los que puedes empezar a solucionar cualquier problema que tengas con tu querido perro. Te lo garantizo, por propia experiencia, que funcionan.

Perro Dócil En 3 Semanas

Te ayudaré a que tu perro nunca más se haga pipí y popó, tire la correa, ladre sin control, salte encima, rompa tus cosas... Y no sea ansioso, agresivo o desobediente.

>>> **[Todos Los Detalles Aquí](#)**

Súper Inteligencia Canina

Nuevo sistema de adiestramiento para desarrollar la inteligencia de tu perro y su capacidad para comprender, memorizar y retener tus instrucciones.

>>> [Todos Los Detalles Aquí](#)

Secretos Para Lidiar Con Un Perro

Hiperactivo

Informe secreto revela cómo lograr que un perro termine de morder zapatos, muebles, destrozarse cojines, orinar tu cama, tirar la correa, saltar sobre la gente, ladrar mucho, gruñir y morder personas

>>> [Todos Los Detalles Aquí](#)

Elige Tu Raza

En mi página tengo libros de adiestramiento específicos para cada raza. Si tienes un perro de raza, te recomiendo que empieces por buscar el tuyo.

>>RAZAS DE PERROS